



CAPITULO XI.

GUMESINDO estaba pasando por una mistificación que lo tenía fuera de sí. Los buenos servicios de su nuevo amigo, el elegante Manuelito, lo habían salvado respecto á su familia, por aquella vez; pero estaba corriendo un riesgo inminente de no volver á su tierra y romper abiertamente con la madre agricultura y con sus buenas costumbres de campirano. Se desconocía á sí mismo y le parecía que se había equivocado de una manera crasa al juzgar de la vida y sus placeres por los que él había podido alcanzar en su calidad de rancharo. El mundo era muy distinto de como él se lo había figurado, y un horizonte sin límites se

ofrecía á su vista ansiosa de devorar todos los misterios, todos los afectos y todos los placeres.

Los cocktails de la mañana habían comunicado cierta expansión inusitada á su espíritu; se había sentido feliz sin sentirse borracho; había recibido en aquellos breva-
jes como un nuevo caudal de vida, de animación y de alegría, de valor y de sed de placeres. Nunca había tomado siete copas, ni mucho menos había saboreado las bebidas americanas; tampoco se había sentado nunca á una mesa como la que Mr. Porras sirvió, por orden de Manuelito, en el tivolí de San Cosme. Estaba asombrado, así del mágico poder de los cocktails, como de sus fuerzas digestivas; nunca había comido tanto ni jamás se sintió mejor que después de aquel banquete. Es que tenía dotes de gastrónomo, sin haberse dado cuenta de ello, como no se había dado cuenta tampoco de muchas de sus aptitudes. Aquel domingo era día de descubrimientos para Gumesindo: sabía y podía beber como un marino;

sabía y podía comer como un Heliogábalo, y sabía y podía amar como el doncel de D. Enrique.

Manuelito encontró que Gumesindo, como discípulo no tenía rival. Después de haber bebido y comido espléndidamente, Manuelito pidió barajas.

—Has notado, le dijo al mismo Manuelito uno de sus amigos, que el charrito trae la cartera repleta de billetes?

—No he notado la cartera, pero trae oro en los bolsillos; le dió al criado un escudo.

—Creo que es un buen pichón.

—Lo calaremos.

En el mismo kiosko en donde habían comido, que era por cierto, de los más cubiertos, se improvisó una mesa de juego. Manuelito comenzó por poner algunas monedas de oro y plata sobre el tapete, y comenzaron los albures. Desde los primeros, Gumesindo dió muestras de no ser jugador, pero á la vez probó un atrevimiento y un desenfado para jugar, que impuso respeto al círculo, como acontece siempre entre jugadores.

Los cuatro compañeros de Gumesindo tuvieron que ponerse á la altura de su contrincante y jugar fuerte y con afectada sangre fría é indiferencia. Pocos golpes de audacia bastaron á Gumesindo para verse dueño de una suma respetable, hasta que el mismo Manuel consideró que debía poner término á la diversión, sin pretender desquitarse.

Era aquella otra de las aptitudes ocultas de Gumesindo, de que él mismo se daba cuenta por la primera vez. Nunca había jugado, y él mismo estaba absorto de su arrojo y de su fortuna. No había cejado un momento ante ninguna invitación, lo aceptaba todo sin esfuerzo y con la mayor naturalidad del mundo. Después de las últimas copas de champagne, siguieron todos tomando café, *cognac* y *chartreuse* verde. Todo lo tomaba Gumesindo con la naturalidad de un lord, se había resuelto ponerse á la altura de aquellos jóvenes elegantes y lo había conseguido con una facilidad que á él mismo le maravillaba.

Manuelito preparó las cosas de manera de no tener necesidad de invitar á Gumesindo al paseo, porque, como hemos visto, el traje de charro no era el que convenía para pasear en faetón.

Sin dar lugar á la relajación nerviosa después de la tensión en que tantas emociones y excitantes habían sostenido á Gumesindo, se encontró bajo la habil protección de Manuelito, en el momento supremo de su felicidad, en el de su aventura galante.

Gumesindo había soñado como se sueña á los veinte años, encontrarse alguna vez frente á una mujer encantadora en un re-trete perfumado y silencioso, pronto á inmolar toda su vida en aras del placer.

Gumesindo estaba realizando aquel ensueño de su juventud, estaba frente á la mujer más hermosa y elegante que había visto en su vida; sólo que ahora se operaba en Gumesindo un fenómeno fisiológico de diverso género de los que hasta allí le habían revelado sus aptitudes ocultas.

Gumesindo estaba deslumbrado y absor-

to. Todo el caudal de sus ilusiones y sus sueños y todo el amor atesorado virgen en su alma de veinte años se desbordaban ante su realización inmediata, produciendo en él un sentimiento profundo de respeto. La inmensidad de aquella dicha lo había anonadado y retrocedía espantado como ante la inmensidad del mar.

Luisa, porque era Luisa la del vestido azul de raso, ante quien estaba Gumesindo, lo había comprendido todo con esa intuición que permite á la mujer encontrar y analizar un mundo en una mirada.

El amor con todo su poder, con todo su prestigio, se había apoderado del corazón de Gumesindo, é irradiaba en sus miradas con tal intensidad y vibraba en su acento con tal dulzura, y se ostentaba en sus frases con tal galanura y elocuencia que Luisa en aquella milésima repetición de amor, se sentía afectada porque encontraba algo nuevo por la primera vez en su vida. Contra su costumbre no había tuteado á Gumesindo y éste apenas se había atrevido á

estrecharle la mano al saludarla. Cosa singular: se alejaban instintivamente uno de otro, temerosos de haber ido muy lejos con el pensamiento; y como si hubieran equivocado la senda del verdadero amor, desandaban el camino para empezar de nuevo y en orden. Sin salir garantes de la sinceridad de Luisa en esta evolución, seguía en ella á Gumesindo sin esfuerzo, porque encontraba un misterio desconocido que la halagaba. También para ella en el amor de Gumesindo había una revelación.

—Cuándo llegó V. á México?

—Ayer, dijo Gumesindo.

—Vino V. á pasear?

—Vine á conocer á V.

—A mí?

—Sí. Yo la soñé á V. en mi tierra y la soñé muchas veces.

—A mí? volvió á preguntar Luisa.

—Sí, á V., exactamente á V., y desde la primera vez que la soñé.....

—Qué?

—Desde entonces la amé á V. con entu-

siasmo, é insistí con mi padre para que al fin realizáramos este viaje.

—Sabe V., que es extraño lo que V. me dice?

—Para mí no es extraño, yo creo que se puede amar á una mujer antes de conocerla.

—V. lo cree?

—Lo creo porque eso es lo que me pasa. Yo vine á México á buscar á V.

—Le habían hablado á V. de mí?

—No, nadie.

—Entónces.....

—Cuando la ví á V. esta mañana, y usted me vió, dije para mí: es ella! Y efectivamente ya V. lo recordará, V. me saludó.

—Sí, es cierto, tengo que confesar que fuí una loca en saludar á V. primero; pero qué quiere V. yo lo hice sin pensarlo.

—Yo reconocí en V. á la mujer con quien había soñado, de manera que no fué esta mañana cuando la ví á V. por la primera vez.

—Pero en fin, ahora que me vé V. cerca acaso note V. alguna diferencia.....

—No, ninguna. Me son familiares no sólo

las facciones de V., sino el acento de su voz. Me parece que lo he oído mucho tiempo.

—Tal vez me parezca yo á alguna persona que V. ame en su tierra.

—No, absolutamente. En mi tierra no hay mujeres como V., todas son allá rancheras, y además nunca he amado á nadie.

—Nunca?

—Palabra de honor. Hoy amo por la primera vez, quiero decir, hoy veo por primera vez á la única mujer á quien he amado hace mucho tiempo.

—Y ésa soy yo? preguntó Luisa con un acento muy cariñoso al oído de Gumesindo.

—Sí, sí, usted, sólo usted; contestó tembándole la voz al sentirse bañado por el aliento perfumado que exhaló Luisa al acercarse.

En seguida se cruzó entre los dos una mirada de fuego que era como el reto de dos almas en la arena del deleite. Gumesindo se sintió arrebatado como en un éxtasis hasta el límite de la felicidad humana. Sin saber como, las manos de Luisa se habían

enlazado con las de Gumesindo, y ambos se las estrechaban convulsivamente. Gumesindo pretendió hablar y toda la expresión de su dicha se exhaló en un suspiro; hizo un esfuerzo más, porque sentía ahogarse, y rompió á llorar como un niño cayendo á los piés de Luisa como si al ir á tocar el cielo de su dicha le hubiese sobrecogido una honda pesadumbre.

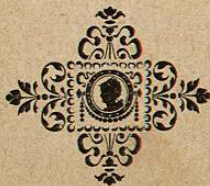
Duraron algunos momentos los sollozos comprimidos de Gumesindo como si luchara interiormente para reponerse. Aquella explosión determinó la crisis en la tensión nerviosa que había sostenido todo el día, y rendido su organismo á tanta emoción y á tanto placer, se laxaron todos sus miembros, se relajaron todos sus nervios, se ofuscó su razón, sintiendo como si entrara á una profundidad desconocida y quedó exánime.

Luisa iba á llamar juzgando al pronto que Gumesindo se había puesto malo; pero al hacer el primer movimiento para levantarse, sintió la presión de una de las manos de Gumesindo que aún permanecía entre las

suyas. Esperó largo rato, pero aquel jóven había caído en una especie de sopor profundo; sus miembros estaban laxos, su respiración concentrada interrumpía á intervalos su regularidad para dejar escapar largos y profundos suspiros.

Logró Luísa al cabo de mucho tiempo que Gumesindo se reclinara en el sofá y con la ayuda de dos almohadones le hizo tomar al fin una postura cómoda para el descanso.

Algunos minutos después Gumesindo dormía profundamente, y Luísa se escurrió de puntillas de aquella habitación entornando la puerta.



CAPÍTULO XII.

NO tardó D. Trinidad en empezar á comprender que el deseado viaje á la capital de la República tenía más riesgos y tropiezos de los que él se había figurado desde un principio. No había transcurrido aún una semana desde su arribo, y ya Gumesindo había faltado dos noches de su casa, y no era esto lo que le alarmaba, sinó que Clara, su hija, no podía disimular que aquel jovencito, amigo de su hijo, el elegante Manuelito, había hecho en ella una impresión profunda.

—¿Sabes, Candelaria, le decía D. Trinidad á su mujer, que ya me va cargando México?